

## EL COLEGIO DEL SALVADOR EN SU 75° ANIVERSARIO \*

"Se han cumplido 75 años de la fundación del ilustre colegio de los jesuitas en Buenos Aires, y los festejos de este aniversario se hacen coincidir con la fiesta tradicional de la patrona de América, Santa Rosa de Lima, patrona también de la Academia Literaria del Plata.

En realidad, el hecho que se conmemora es la cuarta fundación de este Colegio, cuya historia es más larga y dramática que la de ningún otro.

Cuatro veces ha parecido extinguirse para siempre, y ha surgido con más vigor que antes, y la última vez, ha renacido de sus cenizas, sin metáfora, como el Fénix.

El insigne historiador jesuita, P. Furlong, ha referido en la revista "El Salvador" estas fechas dignas de ser perpetuadas, porque son como piedras miliarenses en la evolución de la cultura argentina.

"Cuando Buenos Aires no era más que un simple fortín rodeado de modestísimos ranchos —dice Furlong— la Compañía de Jesús abrió su primer colegio, que fué también el primer colegio de enseñanza secundaria que existió en esta ciudad de Buenos Aires".

Se llamó de Nuestra Señora de Loreto y estaba situado en la mitad oriental de la que hoy es plaza de Mayo, y era de adobe y de techo de paja, y se defendía de la invasión de los perros cimarrones con un cerco de tunales.

Eso sucedió en 1617. Al ampliarse la fortaleza de la ciudad, en 1661, los jesuitas se mudaron a la manzana formada por las actuales calles de Bolívar, Moreno, Perú y Alsina.

Allí construyeron el nuevo colegio y la Iglesia de San

---

\* Artículo publicado en *La Nación* el día 29 de agosto pmo. pdo.



Ignacio, que restaurada existe aún, y es de los más valiosos y expresivos monumentos de la colonia.

El Colegio se llamó como la iglesia y en esas aulas, durante la segunda mitad del siglo XVII y los dos tercios del siglo XVIII recibieron educación todos los criollos que descollaron por su ilustración en el Buenos Aires de entonces.

Llegó el año 1767 en que la Compañía de Jesús fué expulsada de los dominios del Rey de España; y el Colegio de San Ignacio fué clausurado, y con él otros trece colegios de jesuitas en la América hispana; hasta que casi setenta años después, en 1836, volvieron los padres a Buenos Aires, llamados por Rosas, en el "año 27 de la Libertad, 21 de la Independencia, y 7 de la Confederación Argentina".

Estas palabras rituales encabezan el decreto con que se les puso en posesión de su antigua iglesia de San Ignacio, y de los edificios del colegio, que reabrió sus puertas solemnemente.

Aquel decreto estaba firmado por don Juan Manuel de Rosas; las mejores familias confiaronle sus hijos. Aneiros, O'Gorman, Escalada, García Zúñiga, Gorostiaga, Huergo, Victorica, Navarro Viola, Terrero, Malaver, Unzué, Rawson, son nombres apuntados en sus repertorios.

Pero no tardaron los jesuitas en caer en desgracia ante el gobierno y en 1841 tuvieron que retirarse de Buenos Aires.

Cuarenta y cuatro años había durado el primer colegio, con el nombre de N. S. de Loreto. Ciento seis el segundo, cinco el tercero, con el de San Ignacio; pero era una misma obra, un mismo plan de enseñanza, un mismo espíritu.

Después de la caída de Rosas, regresaron algunos jesuitas, pero tan pocos que no les fué posible reanudar sus tareas docentes, no obstante que la población se lo pedía con insistencia.

Solamente en 1868 consiguieron reunir el personal necesario para realizar su cuarta fundación.

Abandonando la antigua sede y la vieja y meritísima iglesia colonial de San Ignacio, construyeron el nuevo colegio y echaron los cimientos de otro templo, y pusieron ambas instituciones bajo la divina advocación del Salvador del mundo.



La manzana que hoy ocupan en lo más populoso de Buenos Aires, era entonces el suburbio.

La construcción precursora de la edificación moderna, levantó gallardamente sus tres pisos, y la iglesia alzó su arrogante torre de casi cincuenta metros.

En aquel barrio de baldíos y tunales, el Colegio del Salvador era una magnificencia y un blasón de la ciudad.

Pronto sus aulas resultaron estrechas para albergar a tantos estudiantes como acudían. El crédito de sus maestros, la solidez de su enseñanza, la riqueza de su gabinete de física, de su laboratorio de química, el esplendor de su biblioteca, eran motivo de legítimo orgullo para aquel Buenos Aires de 180.000 habitantes.

Al cuarto año, en 1871, estalló la terrible epidemia de fiebre amarilla que llegó a causar de seiscientos a setecientos muertos cada día.

El colegio se cerró y los jesuitas se entregaron al servicio de los enfermos y al auxilio de los moribundos.

Un padre y un hermano sucumbieron al contagio; mas por una especial providencia no hubo víctimas entre los alumnos.

Llegó el año 1875. Leyendo los programas de estudios y la lista de los alumnos premiados el año anterior, se puede medir la importancia pedagógica del establecimiento y comprobar el arraigo que tenía en la sociedad.

Pero eran tiempos tristes para la Iglesia Católica, combatida en todo el mundo por las sociedades secretas, y como los jesuitas, según D'Alembert, son los "granaderos del Papa", contra ellos principalmente se concitaba el odio de los enemigos del pontificado.

El Obispo de Buenos Aires, monseñor Aneiros, había lanzado una pastoral propiciando la devolución a la Compañía de Jesús de la Iglesia y Colegio de San Ignacio. Este fué el pretexto de una terrible campaña.

Una vez hecho el ambiente favorable el 28 de febrero de 1875, después de asaltar el Palacio episcopal, donde no pudieron hallar a monseñor Aneiros, que había partido para Flores, las turbas con banderas y estandartes revolucionarios atacaron el Colegio del Salvador.



Por ser ése el último día de las vacaciones, no habían llegado aún los alumnos, circunstancia providencial que evitó mayores daños.

Mientras el populacho hundía las puertas del colegio, los jesuitas huían por los fondos, a refugiarse en las casas del vecindario. Algunos de ellos fueron alcanzados y vejados sin consideración a su edad ni a sus achaques, mientras su hermoso edificio era entregado al fuego.

Sólo se salvó la iglesia en construcción, debido a que el viento sopló del norte y alejó las llamas.

La reacción del pueblo en todo el país, fué inmediata y saludable. Una suscripción pública allegó recursos suficientes como para que se empezara la reconstrucción del colegio destruido; y así se efectuó y es el que desde entonces continúa su labor benéfica, formando en el amor de Cristo y en el cultivo de las letras generaciones de buenos argentinos.

El Colegio del Salvador, por cuyas aulas han pasado tantos millares de alumnos, mantiene el espíritu de la modesta fundación jesuítica de 1617, cuando Buenos Aires no era más que un fortín.

Por conservar esa tradición ha parecido sucumbir tantas veces, pero siempre se ha levantado más vigoroso que antes.

Y es que además de ser una dicha el padecer persecución por el nombre de Cristo, la adhesión al Papa, uno de los votos de los jesuitas, es señal de perduración.

Todo el que funda sobre la roca de la Iglesia romana, es como aquel de quien nos habla el Evangelio, que no quiso edificar sobre arena.

La inundación no pudo mover su casa, "porque estaba fundada sobre piedra".

**GUSTAVO MARTINEZ ZUVIRIA**

Director de la Biblioteca Nacional